



Este artículo se encuentra disponible en acceso abierto bajo la licencia Creative Commons Attribution 4.0 International License.

This article is available in open access under the Creative Commons Attribution 4.0 International License.

Cet article est disponible en libre accès sous licence Creative Commons Attribution 4.0 International License.

ARCHIVO VALLEJO

Revista de Investigación del Rectorado de la Universidad Ricardo Palma

Vol. 7, n.º 14, julio-diciembre, 2024, 17-40

ISSN: 2663-9254 (En línea)

DOI: 10.59885/archivoVallejo.2024.v7n14.01

Notas y orden del texto freudiano sobre el «hombre de las ratas» desde un marco lacaniano

Notes and order of the Freudian text on the «Rat Man» within a Lacanian framework

Notes et ordre du texte freudien sur «l'homme aux rats» dans un cadre lacanien

MANUEL ASENSI PÉREZ

Universitat de València

(Valencia, España)

manuel.asensi@uv.es

<https://orcid.org/0000-0002-9721-2936>



RESUMEN

En las páginas siguientes, se propone organizar y conectar las diferentes partes que componen el texto de Freud, «A propósito de un caso de neurosis obsesiva (1909)» (también conocido como el caso del «hombre de las ratas») desde una perspectiva lacaniana. El escrito de Freud, en ocasiones, da la sensación de acumular ideas sobre la neurosis obsesiva, sin que siempre resulte clara la conexión entre ellas. En la introducción, el propio Freud advierte que su trabajo consiste en «comunicaciones fragmentarias», por lo que este análisis busca enlazar

dichos fragmentos. Además, se traza el camino que ha permitido la lectura lacaniana de Freud y, aunque, sin profundizar en este aspecto, se deja abierta la posibilidad de abordarlo en futuros estudios.

Palabras clave: Freud; Lacan; neurosis obsesiva; defensas; hombre de las ratas.

Términos de indización: enfermedad mental; neurosis; análisis literario (Fuente: Tesoro de la Unesco).

ABSTRACT

In the following pages, we propose to organise and connect the different parts that make up Freud's text *A propósito de un caso de neurosis obsesiva (el Hombre de las ratas)* from a Lacanian perspective. Freud's writing, at times, gives the impression of accumulating ideas about obsessional neurosis, without the connection between them always being clear. In the introduction, Freud himself warns that his work consists of 'fragmentary communications', and this analysis seeks to link these fragments together. Furthermore, it traces the path that has allowed the Lacanian reading of Freud, although, without going into this aspect in depth, it leaves open the possibility of addressing it in future studies.

Key words: Freud; obsessional neurosis; Lacan; defences; rat man.

Indexing terms: mental diseases; neuroses; literary analysis (Source: Unesco Thesaurus).

RÉSUMÉ

Dans les pages suivantes, nous nous proposons d'organiser et de relier les différentes parties qui composent le texte de Freud, *A propósito de un caso de neurosis obsesiva (el Hombre de las ratas)* dans une perspective lacanienne. L'écriture de Freud donne parfois l'impression d'accumuler des idées sur la névrose obsessionnelle, sans que le lien entre elles soit toujours clair. Dans l'introduction, Freud lui-même avertit que son œuvre est constituée de "communications

fragmentaires”, et cette analyse cherche à relier ces fragments entre eux. En outre, elle trace le chemin qui a permis la lecture lacanienne de Freud, bien que, sans approfondir cet aspect, elle laisse ouverte la possibilité de l’aborder dans de futures études.

Mots-clés: Freud; névrose obsessionnelle; Lacan; défenses; homme aux rats.

Termes d’indexation: maladie mentale; névrose; analyse littéraire (Source: Thésaurus de l’Unesco).

Recibido: 31/12/2023

Revisado: 30/01/2024

Aceptado: 21/02/2024

Publicado en línea: 29/10/2024

Financiamiento: Autofinanciado.

Conflicto de interés: El autor declara no tener conflicto de interés.

1. INTRODUCCIÓN Y PLANTEAMIENTO DE PROBLEMAS

En las siguientes páginas, se propone estructurar y vincular las diferentes secciones del texto de Freud, «A propósito de un caso de neurosis obsesiva (1909)» (también conocido como el «hombre de las ratas»), desde un enfoque lacaniano. No se prestará atención al hecho de que la psiquiatría y la psicología modernas hayan eliminado esa referencia freudiana de su terminología, hasta el punto de que no aparece ni en el Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales (DSM), ni en la Clasificación Internacional de Enfermedades (CIE), y fuera sustituida por términos como el trastorno obsesivo-compulsivo (TOC). A veces, dicho escrito da la impresión de acumular ideas sobre la neurosis obsesiva sin que la conexión entre ellas sea evidente; de hecho, Lacan señala en su seminario número cinco, titulado *Las formaciones del inconsciente*, impartido entre 1957 y 1958, y publicado por Seuil en 1998 (en su versión francesa) y por Paidós en 1999 (en su traducción española), que «hay que releer el *Hombre de las Ratas* como la Biblia. El caso está repleto de todo lo que todavía queda por decir sobre la neurosis obsesiva, es un tema de trabajo» (Lacan, 1999,

p. 407).¹ Al leer atentamente las palabras de Lacan, se perciben dos direcciones temporales: hacia el pasado, en referencia a Freud, quien escribe la biblia de los obsesivos; y hacia el futuro, en tanto esta biblia contiene todo lo que aún puede decirse sobre la neurosis obsesiva. Por eso, es necesario comenzar por la obra freudiana conocida como el «hombre de las ratas». No obstante, la experiencia clínica y empírica demuestra que el campo de las obsesiones es muy amplio, tanto que, como señalaba Jean-Claude Maleval, respecto de la psicosis, podría compararse con un continente. Lo cierto es que, en su complejo texto, Freud esboza la estructura esencial de esos procesos patológicos y proporciona claves fundamentales para su comprensión.

En la literatura y el cine, abundan los personajes con rasgos obsesivos. Un ejemplo es la película *As Good as It Gets* (1997), donde el personaje de Mr. Udall muestra comportamientos compulsivos: al entrar en su apartamento, debe cerrar tres veces las dos cerraduras de la puerta, encender y apagar las luces tres veces, lavarse las manos con agua hirviendo y utilizar tres pastillas de jabón. Su casa está impecablemente limpia y ordenada y, cuando camina por la acera, evita pisar las líneas en absoluto. Además, lleva sus propios cubiertos al restaurante donde come a diario y procura no rozarse con nadie. Desde la clínica, se ha observado el dolor y el caos que genera esta condición psicológica. La persona obsesiva se siente atrapada por automatismos que escapan a su control. Por eso, la definición propuesta por Henri Ey define a esta neurosis como «la incapacidad para controlar la compulsividad de los sentimientos, de las ideas y de los comportamientos» (1994, p. 748)

Para el presente estudio, se observa el cuadro sintomático que presenta el paciente conocido como el «hombre de las ratas»,

1 La versión francesa de Staferla señala: «Il faut d'ailleurs relire *L'homme aux rats* comme la Bible. *L'homme aux rats* est encore riche de tout ce qui est encore à dire sur la névrose obsessionnelle: c'est un thème de travail» (Lacan, 1958-1959, p. 278). La comparación entre diferentes versiones de los seminarios de Lacan revela numerosos contrastes que deben ser analizados profundamente. Por otro lado, se evidencia también un problema con la traducción, lo cual resulta esencial en el contexto del psicoanálisis y en los distintos niveles en los que se desenvuelve.

identificado como Ernst Lanzer en la realidad histórica.² Freud señala que el principal síntoma que posee es el temor de que les suceda algo malo a dos personas por las que siente mucha admiración: su padre y una dama. A este miedo se suman otros impulsos obsesivos, como la idea de cortarse el cuello con una navaja de afeitar y la imposición de prohibiciones en relación con asuntos banales. El paciente confiesa que la lucha con estas ideas le ha hecho perder bastantes años de su vida. La relación entre el temor a que les ocurra algo malo a sus seres queridos y las compulsiones repetitivas puede manifestarse de muchas formas y variantes, por ejemplo, una mujer me relató que al salir de casa debía cerrar la puerta un número determinado de veces para evitar que le sucediera alguna desgracia a su padre o a su madre. De ese modo, con la Figura 1 se puede ilustrar lo siguiente:

Figura 1

Esquema descriptivo sobre la relación entre el temor y las compulsiones



La interrogante que se plantea a partir de esto sería: ¿en la neurosis obsesiva están siempre presentes esos dos factores o es posible que los impulsos obsesivos se manifiesten desligados de ese temor en el plano de la conciencia? Esta pregunta adquiere relevancia debido a que muchas personas afirman no comprender por qué se sienten obligadas a realizar tales impulsos obsesivos. Una joven confiesa, por ejemplo, que necesita lavarse las manos repetidas veces a lo largo del día y que, para poder dormir, debe apagar cualquier aparato que emita

2 Para una descripción de la biografía de Ernts Lanzer antes del encuentro con Freud, pormenorizada, aunque breve, se recomienda consultar el trabajo de Cimiano (2003). En el estudio, se encuentran numerosos datos de gran interés sobre esta figura histórica.

señales de wifi. Otra mujer, por su parte, es presa de pensamientos obsesivos que le impiden tomar decisiones en aspectos cruciales de su vida.

En el caso del joven, se puede apreciar una neurosis de tipo narcisista o hipocondríaca. Esto implica que algunos pacientes manifiesten comportamientos como lavarse las manos repetidas veces, negarse a compartir su botella de agua o apagar los aparatos electrónicos antes de dormir —dado que emiten señales—. Esto refleja, en los pacientes, el temor de contaminarse o de sufrir algún tipo de daño, lo que hace que el abanico de posibilidades dentro de las obsesiones sea muy amplio. En este trabajo, sin embargo, se presentan algunas de ellas.

2. EL CASO

Prosiguiendo con el caso del paciente de Freud, después de mencionar la influencia que ejercieron sobre él dos figuras masculinas y de señalar que fue maltratado por una de ellos, confiesa, adicionalmente, que su sexualidad empezó tempranamente, al referir que, entre el cuarto y quinto año, tenía una hermosa gobernanta llamada «señorita Peter».³ Con su consentimiento, se deslizaba debajo de su falda y le tocaba sus genitales; de ahí surgió en él una profunda curiosidad por ver mujeres desnudas. A la edad de siete años, se incorporó otra gobernanta que respondía al nombre de Lina. En esta segunda ocasión, fue herido con comentarios degradantes, se acostaba en la cama junto a ella y, con su aprobación, también le tocaba los genitales. En este momento, emerge una de las claves que Freud desarrolla a lo largo de su ensayo, donde el hecho de poseer un elevado deseo sexual daría lugar a dos consecuencias. En primer lugar, el paciente creía que sus padres conocerían sus pensamientos sin que él los expresara y, en segundo lugar, temía que algo le sucediera a su padre. «Mi padre moriría»

3 El análisis de Adler resulta particularmente esclarecedor al señalar que el nombre que le asigna a la gobernanta es de género masculino, en una época en donde se solía utilizar el nombre de pila (Freud, 1976, pp. 128-129).

responde ante la pregunta de Freud, quien escribe: «junto al deseo obsesivo, un temor obsesivo se anuda estrechamente a aquel: toda vez que piensa algo así, es forzado a temer que suceda (*geschehen*) algo terrible» (1976, p. 130). Una pulsión erótica y una sublevarción contra ella explica:

- a. Deseo sexual
- b. Temor obsesivo

Por otro lado, Freud observa que, antes de esos años, entre los cuatro y cinco, habrían ocurrido otras experiencias traumáticas que serían necesarias redescubrir o reconstruir. Este punto constituye el núcleo del debate con Jung y otros psicoanalistas sobre el origen sexual infantil de las neurosis: «En la neurosis obsesiva se discierne, mucho más que en la histeria, que los factores constitutivos de la psiconeurosis no deben buscarse en la vida sexual actual, sino en la infantil» (Freud, 1976, p. 132).

¿Qué motivo llevó al paciente a la consulta de Freud? Durante su periodo militar, que ayudó a paliar, en cierta medida, sus pensamientos obsesivos, perdió unas gafas, específicamente, unos quevedos («Zwicker» derivado del verbo «zwicken», que significa «pellizcar», «torturar», etc.⁴). Escribió pronto a su óptico de Viena para solicitar un reemplazo. En aquella misma circunstancia, se sentó entre dos oficiales y uno de ellos, al que el paciente calificó como cruel, contó un castigo oriental especialmente dañino. En la consulta con Freud, mencionó que no podía describir todos los detalles debido a la crueldad de este. Según su relato, el condenado es atado y sobre su trasero se coloca un tarro en el que se introducen unas ratas («Ratten») que lo penetraban en el ano, según añade Freud. Este episodio ilustra la dimensión de la regresión sádico-anal comentada. En el psicoanálisis se sabe que, en el desarrollo de una historia, los personajes suelen intercambiar roles, es decir, el papel activo o pasivo que asumen puede variar, así como también la identidad de los participantes. Existe un placer

4 No es necesario subrayar la conexión entre el significante y la historia que se narra a continuación.

asociado al horror que experimenta el paciente quien, en cierto momento, confiesa que el temor de sufrir esa tortura recae sobre la dama que él admiraba. De la misma manera, a las observaciones de Vladimir Propp y, posteriormente, Greimas, quienes advirtieron que, en las narraciones, las funciones (actantes) pueden ser rellenas por distintos personajes, el psicoanálisis ha demostrado que tanto las funciones como los personajes no son fijos y pueden trastocarse. Así, en este caso, el papel de condenado es ahora ocupado por la dama.

¿Qué se debe hacer para evitar esta situación? Es relevante notar que, en el papel de condenado, no solo está la dama, sino también el padre, quien ya había fallecido hace varios años. ¿Qué estrategia adoptó para defenderse de la posibilidad del desastre tanto para la dama como para su padre? Utilizó la fórmula de decir «pero» («aber»), acompañado del gesto de aventar algo con la mano, y la expresión «¡qué se te ocurre!». Es importante destacar que existe una distancia entre el síntoma, las frases acompañadas del gesto de la mano, y la razón de ese síntoma, lo que hace que este aparezca como absurdo. Hace un tiempo, se observó a un sujeto que, mientras caminaba por la calle, hacía un gesto similar al del «hombre de las ratas» y decía: «Santa Teresita de la madre de Dios». Los transeúntes consideraban este comportamiento como absurdo y lo calificaban de «loco».

Las estrategias de defensa no acaban ahí, puesto que apareció una sanción: si devolvía el dinero que había pagado el Teniente A por los quevedos, sucedería el mal de las ratas para su padre y para la dama. Además, se le impuso otro mandato: debía reembolsar al Teniente A las 3.80 coronas. El sujeto quedó suspendido entre esas dos opciones, sumido en una duda angustiada. La cuestión se complicó aún más cuando, al encontrarse finalmente con ese Teniente A, este le informó que la deuda no era con él, sino con el Teniente B, quien había sido el verdadero pagador de los quevedos.

¿Cómo mantener, entonces, el mandato de devolver las 3.80 coronas al Teniente A? Se le ocurrió una posible solución: ir a la oficina de correo junto con los señores A y B, donde la señorita que atendiera recibiera las 3.80 coronas y las entregara al Teniente B, con lo

cual se habría cumplido con la devolución del dinero al Teniente A. Sin embargo, esta solución resulta insostenible, especialmente, en lo que se refiere a la devolución efectiva a A. Posteriormente, tras una serie de sucesos inauditos en medio de un viaje, se propuso visitar a A, no obstante, el problema es que el destinatario inconsciente de esa suma de dinero no era ni el Teniente A, ni el Teniente B, sino la empleada del correo. De hecho, fue esta empleada la que abonó la cantidad de 3.80 coronas cuando llegó el paquete. Pese a eso, el problema persistía: ¿cómo devolvería esa suma de dinero al Teniente A? Es importante señalar que fue este síntoma, junto con todo lo acaecido en torno a los quevedos perdidos, lo que llevó al paciente a la consulta del médico para obtener un certificado. El «azar» hizo que acudiera a Freud.

La situación no terminaría ahí. La obsesión siguió su curso, dado que el certificado en cuestión tenía la función de validar la devolución del dinero al Teniente A. En este momento, la pregunta que surge, entonces, es cómo justificar y explicar todo ese proceso de actos «absurdos» y locos. ¿Cómo «comprenderlo»?⁵

En la siguiente sesión, el paciente relata un evento que ocurrió tras la muerte de su padre, hecho que resulta una señal metonímica en relación con el fondo del problema. Esto cobra mayor relevancia si se considera que fue la asociación libre, sin influencia externa, la que lo llevó a hablar de este tema. El «hombre de las ratas» afirma: «Me he resuelto a comunicarle algo que tengo por muy sustantivo y que me martiriza desde el comienzo» (Freud, 1976, p. 138). El padre

5 Las comillas se deben a lo que Lacan expone en el seminario 6:

À propos de ce terme de "*compréhension*" je voudrais faire remarquer... je vous assure qu'il n'y a là nulle ironie... que c'est un terme problématique. S'il y en a parmi vous qui comprennent toujours, en tout état de cause et à tout instant ce qu'ils font, je les félicite et les envie.

Ce n'est pas ce qui correspond, même après vingt cinq ans d'exercice, à mon expérience et, à la vérité, il nous montre assez les dangers qu'il comporte en lui-même, *danger d'illusions de toute compréhension*, pour que -je pense- il ne sois douteux que ce que je cherche à vous montrer, ce n'est pas tellement de comprendre ce qui je fais, que de la savoir. (s.f., p. 24)

falleció sin que él estuviera presente y el paciente no se hizo cargo de su muerte. A causa de eso, luego comenzó a tacharse de criminal por no haber asistido a su padre. En este punto, Freud introduce un elemento clave: el *enlace falso* («falsche Verknüpfung»).

Se podría suponer que existe una relación lógica entre la conciencia de culpa y la ausencia cuando su padre muere. Seguramente, un psicólogo cognitivo se impondría como objetivo deshacer el juicio falso en torno a su acto. Sin embargo, Freud argumenta que el trabajo lógico no puede contrarrestar el pensamiento torturante. Es más, el efecto curativo de la terapia psicoanalítica no proviene de la comunicación de una conexión lógica, sino del descubrimiento de un contenido ignorado («unbekannt»). Los comentarios del paciente son reveladores: él sugiere que esto podría llevar a una desagregación de la personalidad, una división insoportable, sin advertir que tal división es, en realidad, característica de todo sujeto. La división entre la persona ética consciente y la persona mala inconsciente o, entre lo que Lacan denomina el *je*, pura instancia gramatical, inconsciente, y el *moi*, que representa el *yo* psicológico consciente o un semblante según Lacan. Este *enlace falso* es fundamental en el campo de la terapia, debido a que elimina aquello que se encuentra bajo el régimen de la conciencia. Si se confiara únicamente en este *enlace falso*, como es común entre los psicólogos cognitivos o conductistas, se limitaría la capacidad de comprender la raíz del caso y de proporcionar una solución adecuada.

3. INICIO DE LA COMPRENSIÓN DEL PROBLEMA

Existen dos hechos intrínsecamente relacionados como ya se ha mencionado en el apartado anterior: el interés sexual por una mujer y el temor a que le ocurra algo malo al padre. A lo largo de la historia del paciente, esta situación se presenta con diferentes variantes, las cuales son necesarias de ser examinadas con detenimiento. El padre es profundamente amado, al tiempo que su pulsión por la mujer es igualmente intensa. El *yo* del paciente se defiende de las pulsiones inconscientes. De alguna manera, si el padre le impide satisfacer su

pulsión, se convierte en un enemigo, objeto de su odio; aunque permanece solo en el ámbito del inconsciente, como escribe Freud: «Ese amor intenso es la condición del odio reprimido» (Freud, 1976, p. 143). ¿De dónde procede ese odio de tal intensidad? Freud responde que procede de los apetitos sensuales, de las pulsiones. La evolución de la historia del paciente muestra una oscilación entre estas dos posiciones, ya que si el deseo sensual por la mujer aumenta, también lo hace la hostilidad inconsciente contra el padre, y viceversa. No es difícil percibir que, en este caso, el sujeto se encuentra ubicado en un «entre» angustioso, sin saber qué dirección tomar, lo que subyace al carácter dubitativo propio del neurótico obsesivo.

Uno de los aspectos que Freud menciona reiteradamente en su obra es la resistencia a la cura en los neuróticos obsesivos, quienes muestran una cierta satisfacción con su estado. Cabe añadir que, en numerosas ocasiones, el comportamiento obsesivo está naturalizado a tal extremo de ser considerado como algo normal. La experiencia clínica evidencia que, en algunos casos, esta condición obsesiva no es percibida como tal, sino como un proceso que no requiere ningún tipo de intervención terapéutica. El sujeto con neurosis tiende a encerrarse en su síntoma, manteniéndose aislado de la realidad y sin prestar atención a otro tipo de planteamientos. Aunque no se aíslan por completo, perciben el mundo a través del filtro de la neurosis obsesiva. Así, la fobia a los perros, la compulsión de lavarse repetidas veces o el no querer compartir en absoluto una botella de agua son experimentadas como condiciones inherentes de su existencia. Incluso, cuando se les señala esa sintomatología, pueden reaccionar con enojo y justificar su conducta como normal.

Este cruce entre lo consciente (amor al padre) y lo inconsciente (odio al padre) puede dar lugar a escenas como el episodio del rifle, en el que el sujeto intentó «matar» a su hermano. Este ejemplo ilustra cómo el amor por alguien puede transformarse en un impulso por eliminarla. Es, en este tipo de situaciones, donde se manifiesta la división interna del sujeto. El problema radica en que, en el ámbito inconsciente, el tiempo no se rige bajo las mismas reglas que la conciencia, lo que

implica que la duración de un duelo o de un sentimiento de odio puede extenderse indefinidamente.

La referencia anterior a un *falso enlace* se debe a la insistencia en el engaño que genera la lógica de la conciencia. No obstante, al examinar la causa real de estos síntomas, se comprende de inmediato el carácter ilógico y absurdo de estos, tanto para los observadores como para el sujeto que lo experimenta. Una analizante, en una ocasión, me confesó que no lograba entender por qué actuaba de la manera en que lo hacía, solo sabía que «tenía que hacerlo».

En la misma línea, cabe plantearse algunas preguntas: ¿Por qué los neuróticos obsesivos tienen tendencia a la duda? ¿Por qué, en algunos casos, dicha duda puede llegar a ser torturante, al punto de provocar la sensación de encontrarse en una cárcel de la que no pueden escapar? En el caso del «hombre de las ratas», se presentaba, por ejemplo, la cuestión de retirar una piedra en el camino para evitar que el carruaje de la dama tropezara con ella y tuviera un accidente; pero, al mismo tiempo, experimentaba la compulsión de volver a colocarla en su lugar. La duda surge entre realizar una acción y la contraria. ¿La retiro o la coloco nuevamente? ¿Cuál es el origen de esa duda? Reside en la lucha entre el amor y el odio dirigidos a la misma persona, entre lo consciente y lo inconsciente. Aquí operan dos tiempos: el de actuar y el de cancelar dicha acción. Si retira la piedra, previene un posible accidente a la amada; si la vuelve a colocar, quizá propicie el accidente. Si la ama, evita el daño; si la odia, lo propicia. No obstante, se sabe que mientras el amor pertenece al plano de la conciencia, el odio pertenece al del inconsciente, lo que explica que el acto de devolver la piedra al lugar original parezca absurdo y sin sentido. La pregunta es si retira la piedra del camino, ¿por qué ahora siente la compulsión de reponerla? O de manera inversa, si la odia, ¿por qué la protege?

Al igual que en la histeria, donde los opuestos se concilian en una sola representación, ya sea somática o no, en la neurosis obsesiva, las satisfacciones de estas dos tendencias se manifiestan por separado, aunque se intente establecer algún tipo de enlace lógico entre ambas, aunque fuera de la lógica también. De hecho, continúa Freud, mientras

en la histeria las experiencias recientes y las vivencias infantiles son objeto de amnesia, en la neurosis obsesiva esta amnesia afecta principalmente a las vivencias infantiles, pero no a las experiencias recientes. Eso sí, aunque estas últimas no se olvidan, lo que ocurre es que se les sustrae la investidura afectiva. De hecho, es importante distinguir entre la represión (el acto de olvidar al llevar algo al inconsciente), y la defensa (no olvidar, pero sí despojarla del contenido afectivo). Freud ilustra esta diferencia con el ejemplo de un paciente que, al momento de pagar, le entregaba unos billetes (florines) limpios y tersos. Ante la pregunta de si eran billetes nuevos, el paciente respondía que no, que él los alisaba y planchaba en casa para evitar que las bacterias pudieran dañar al receptor de estos.

Con el propósito de investigar la relación entre dicho comportamiento y la sexualidad del paciente, Freud indaga acerca de su vida sexual. El paciente responde que no padece ninguna insuficiencia. Relata que invita a las muchachitas a realizar excursiones al campo y, de forma premeditada, organiza la situación para que pierdan el último tren y, de ese modo, las obliga a pasar la noche en un motel del campo. En ese momento, cuando la joven ya está acostada, se acerca a ella y la masturba. Freud, con su habitual tono irónico, pregunta: ¿no teme causarles daño en el sexo con su mano roñosa? La reacción del paciente es dura. Niega haberles causado algún daño, afirma que todas están casadas y les ha parecido bien. Tras la sesión, el paciente se retira y no vuelve. Algo a lo que los psicoanalistas están acostumbrados.

¿Qué revela el análisis? Lo primero que destaca es la mudanza del afecto, ya que existe un contraste entre el que pone sobre los florines que entrega a su analista y el que muestra en su trato con las jóvenes. En términos mencionados previamente, se puede observar que el paciente ha desviado el afecto de un hecho reciente y lo ha depositado en el trastorno de los billetes. Esta reacción, frente a las observaciones de Freud, es un claro ejemplo de *defensa*, lo que genera que, de esa forma, el paciente reduzca su poder (el impacto emocional de la situación que originó su trastorno).

Como señala Freud, se debe examinar «en los detalles del ocasionamiento de la enfermedad de nuestro paciente» (Freud, 1976, p. 156). Esta cita se incluye para apoyar la tesis freudiana sobre el origen de esa neurosis obsesiva y la neurosis en general. El padre se había casado con la madre del paciente, quien era un buen partido, y le proporcionó una posición bastante cómoda. Sin embargo, antes del matrimonio, el padre había entablado relaciones con una joven pobre y bella. Así, el padre se encontró en la disyuntiva de elegir entre:

- a. Una mujer rica y guapa
- b. Una mujer pobre y muy linda

Tras la muerte del padre, la madre le comunicó que sus parientes adinerados estaban dispuestos, llegado el momento, a ofrecerle una de sus hijas, lo que le garantizaba un futuro prometedor. Este hecho generó un conflicto: ser fiel a su amada pobre o seguir el ejemplo del padre, y contraer matrimonio con la bella y rica elegida por la familia. ¿Cómo resolvió el conflicto? Enfermando, lo que provocó la suspensión de sus estudios. Es relevante observar que se encontró en una situación similar a la de su padre, con quien se identificó y, en ese contexto, se planteó la lucha entre la voluntad del padre y su propia inclinación amorosa. Freud escribe: «aquello que es el resultado de una enfermedad está en el propósito de ella; la aparente consecuencia de la enfermedad es, en la realidad efectiva, la causa, el motivo de devenir enfermo» (1976, p. 157). Esto demuestra que el sentido de la enfermedad no es necesariamente el que se cree, y que la clave se encuentra en una disposición inconsciente. Esta consideración debería tenerse en cuenta al abordar al grave problema de las enfermedades que se padecen.

En este punto del ensayo freudiano, aparece una dimensión de gran relevancia, que Lacan aborda más adelante en relación con los obsesivos: el maltrato del *Otro*, el intento de acabar con el *Otro*.⁶

6 Así, Lacan dice: «Cuando se afirma que el obsesivo antepone su deseo por delante de todo, esto implica que lo busca más allá, dirigiendo la mira propiamente en él en su condición de deseo, es decir, en la medida que, en cuanto tal, destruye al Otro» (1999, p. 410).

En este caso concreto, dicho maltrato estaba dirigido a la figura del analista, ya que el paciente se resistía a aceptar la validez de esas interpretaciones y, además, le propina numerosos improperios. Freud se refiere a los insultos groseros y vulgares que el paciente le dirigió, al punto de que este se apartaba de Freud por miedo a que lo agrediera (Freud, 1976, p. 164). Más adelante, el sueño en el que aparece la hija de este con dos emplastos de excrementos, en lugar de ojos, despierta su animadversión, puesto que el analista lo interpreta en la dirección de que se casa con su hija, no porque se valore su belleza, sino por la riqueza que posee. Vale recordar que esta agresividad ya se había manifestado tanto en el caso de la piedra en el camino como en el conflicto con el padre, siendo los imperativos inconscientes del *súperyo* particularmente intensos.

4. LA CADENA SIGNIFICANTE DE LAS RATAS

En la historia de la relación entre padre e hijo, un aspecto curioso es que el padre nunca fue una figura autoritaria, pero hubo un hecho que el niño interpretó como una interrupción en el curso natural de su propia pulsión: su contrariedad ante las expansiones sexuales. Al experimentar uno de sus primeros coitos a los 26 años, le surgió la idea de que esa experiencia era tan fenomenal que, a cambio, podría llegar a desear la muerte del padre. Poco antes de su fallecimiento, el padre le advirtió que la compañía de esa dama no era recomendable y que solo conseguiría hacer el ridículo. Esta represión dio lugar a la actividad onanista del paciente. La tesis freudiana se manifiesta de inmediato, cuando refiere que el onanismo de la pubertad «no es realmente otra cosa que el refrescamiento de hasta hoy siempre desdeñado onanismo de la infancia, que alcanza su apogeo casi siempre hacia los 3, 4 o 5 años» (Freud, 1976, p. 159). En otras palabras, esto confirma la existencia de una sexualidad infantil, en la cual se originan las neurosis posteriores.

Freud observa que el quehacer onanista del paciente resurgió a sus veintiún años, tras la muerte del padre, generándole una profunda vergüenza. ¿Qué significa esto sino la lucha entre el mandato paterno y

sus tendencias sexuales? La vergüenza se origina con la figura paterna (un *Otro*), mientras que el onanismo proviene de su pulsión. En este contexto, el onanismo se convierte en un desafío a la autoridad de su progenitor. Siguiendo este razonamiento, Freud elabora la siguiente construcción:⁷ alrededor de los seis años, el niño había cometido alguna transgresión de carácter sexual, la cual fue reprimida por una sanción negativa por parte de su padre. Aquello no solo provocó el cese de la actividad onanista, sino que también generó odio hacia el padre, percibido como un «perturbador del goce sexual» (1976, p. 161).

En el mismo orden de ideas, es posible comprender mejor el problema de las ratas a través de la identificación con la figura paterna. Para abordar esta cuestión, es fundamental partir de la premisa según la cual el paciente posee esta identificación, tal como se ha mencionado con anterioridad. Así, del mismo modo en que el padre había vivido una etapa de su vida como militar, el paciente también experimentaría un periodo semejante. El padre, en una ocasión, había perdido dinero en un juego de naipes («Spielratte», atención a este significante) y nunca pudo devolverlo. Cuando el paciente contrajo una deuda por unos anteojos perdidos, la frase «Tiene que devolver las 3.80 coronas al Teniente primero A» resonaron en su mente trayendo a flote el recuerdo. Asimismo, la identificación con el padre se profundizaría con un paso ulterior. El paciente se encuentra entre dos mujeres: la bonita hija del posadero y la empleada de la oficina postal, en relación con el asunto del dinero. Así, de la misma manera en que el padre había dudado —énfasis en la *duda* propia de los neuróticos obsesivos, previamente analizada—, el «hombre de las ratas» también dudaba respecto a cuál de las dos muchachas le convenía más. El tema de la duda subyace a todo este proceso, ya que después se manifestó en sus dudas sobre si debía regresar a Viena o volver; incluso, posteriormente, se sintió tentado a tomar el camino inverso. En el fondo de todo, persistía la vacilación entre ambas mujeres.

7 La *construcción* fue un tema de discusión en Freud al que le dedicó varios ensayos, por ejemplo, el que lleva como título «Construcciones en el análisis» (1937).

Ahora bien, ¿qué se puede plantear sobre las ratas? En primer lugar, las ratas evocan el erotismo anal que había sido significativo durante la infancia del paciente, en relación con los problemas de los gusanos intestinales. La conexión entre las ratas y el dinero se esclarece en este contexto. De hecho, la relación en alemán (esencial recordar el idioma de Freud y su paciente) entre «Ratten» (ratas) y «Raten» (cuotas) está en el origen de esa afección, tal como lo señalaría Lacan. Se observa que lo que despierta ese vínculo es la identificación con el padre, dado que, si este tuvo una deuda, ahora el hijo también enfrenta una. Freud lleva el análisis un paso más allá, al señalar que en este proceso es necesaria una palabra puente que explique esa conexión. Esa palabra es «Spielratte», el juego en el que su padre contrajo su deuda.

¿Es todo lo que se puede plantear al respecto? Hasta ahora, se ha comprobado que lo expuesto por Lacan en el «Seminario sobre la carta robada», en lo que concierne a la lógica del significante, se cumple claramente la relación entre «Ratten», «Raten» y «Spielratte». Lo más importante de esta observación es que uno se enfrenta a una lógica autónoma, que no depende de la conciencia del sujeto, sino de esa enunciación a la que es responsable el *je* (la β del grafo del chiste), una mera instancia gramatical, como escribe Lacan: «hay tan sólo aquí una vislumbre iluminante de la entrada del individuo en un orden cuya masa lo sostiene y lo acoge bajo la forma del lenguaje, y sobreimprime en la diacronía como en la sincronía la determinación del significante a la del significado» (2009, p. 56). La «diacronía» se refiere a la historia de la relación entre padre e hijo, que determina el punto de llegada, mientras que la «sincronía» se refiere al momento específico de la conversación con el Teniente A, donde se produce efectivamente esta atadura significante. Si se aplicara la alternancia entre el + y el -, se podría simbolizar la relación entre «Ratten» y «Raten» de la siguiente manera: + + + -, una simetría y una asimetría que permiten ese enlace y determinan al sujeto. Este ejemplo pone en evidencia que el verdadero símbolo es + + + -, ya que solo hay una variación: en «Ratten» existen dos fonemas /t/, mientras que en «Raten» solo uno.

Así, se tiene al padre que jugaba a los naipes («Spielratte») apostando dinero. El paciente se identifica con el padre y, en el momento en que el Teniente A menciona las ratas («Ratten»), la conexión se establece. Cuando el paciente contrae una deuda y debe pagar una cuota del dinero de los quevedos («Raten»), el círculo del obsesivo se cierra. No es extraño, en vista de lo anterior, que Lacan concluya que el significante en posición inconsciente precede al significado y carece de sentido; sin embargo, la cuestión no termina ahí. Existe una larga tradición que considera a las ratas como una fuente de infecciones. En la lectura que Murneau hizo de *Drácula* de Bram Stoker, las ratas desempeñan el papel de transmisoras de la peste que diezaban a la población. Más adelante, Werner Herzog, en su adaptación del *Nosferatu*, extendió esa consideración y la llevó a sus máximas consecuencias en escenas que han quedado grabadas en la memoria del género del horror.

Es evidente que una infección sifilítica, como se sospechaba en relación con el padre, tenía como agente al pene, al que Freud denomina «miembro de la generación» (1976, p. 168). En efecto, el agente infeccioso debía ser necesariamente el pene, dado que nuestro paciente poseía uno; además, al pene de un niño pequeño se le solía denominar «gusano». Esa asociación de los efectos de significado, en la que se entrecruzan las ratas que excavaban en el ano de los condenados, según la narración del Teniente A, despertó otro eco del erotismo anal mencionado anteriormente. La repugnancia que suscitó esta alusión es clara, ya que las ratas roen y muerden, y si es en el ano, la molestia es aún mayor. Resulta inquietante imaginar si el paciente se hubiera identificado con las ratas mismas, viéndose a sí mismo con horror.

La relación entre «Raten» y «Ratten» (es crucial mantenerse en el alemán para captar adecuadamente esta referencia) conduce a la relación entre el pago a Freud (los florines) y las ratas. Este conjunto de significados hace que términos como «heiraten» se sumen a esa vasta red de sentidos, en la que el vínculo entre «ratten» y «heiraten» introduce un nuevo sentido relacionado con los hijos. Cabe señalar que la dama por la que el paciente mostraba interés no podía tener hijos debido a una operación en la que le extirparon ambos ovarios. En resumen:

- a) «Spielratte»: juego de naipes practicado por el padre.
- b) «Ratten»: término utilizado por el capitán para referirse a las ratas, cuya mención lo sobrecoge.
- c) «Raten»: el dinero que el padre no devolvió y con la que contrajo una fuerte deuda.
- d) «Ratten», como agente de infección: ecos relacionadas con el erotismo anal y comercio *per anum*.
- e) «Ratten», como equivalente a dinero: referencia a los florines.
- f) «Heiraten», casarse, ratas como hijos (¿salen o entran por el intestino?): la imposibilidad de tener hijos con la dama interesada.

¿Por qué se establece este vínculo entre el padre y las ratas? Según Freud, el capitán quedó identificado con la figura paterna y el significativo, con todas sus asociaciones, cumplió su función. El sentimiento de haber cometido una fechoría respecto al padre y a la amada mereció un castigo que consistió en «imponerse un juramento imposible de cumplir» (Freud, 1976, p. 171). Siendo así que todas las dudas relacionadas, como la decisión de ir o no a Viena, figuraban la duda acerca de si debía inclinarse a favor del padre o de la dama. Este fenómeno ilustra el tema lacaniano del deseo imposible.

5. SOBRE LA DUDA Y LA INCERTIDUMBRE

Como se recordó al inicio, este texto planteó el asunto sobre la relación entre el temor (T) y el impulso obsesivo (O), y se interrogó si estos dos factores deben necesariamente coexistir. No es fortuito que Lacan aluda a esto como «la biblia» de los tratados sobre esta clase de neurosis. De hecho, Freud anticipó ese problema al señalar que «[l]os enfermos se afanan en general por (...) designar como “representación obsesiva” el contenido despojado de su índice de afecto» (1976, p. 173). A partir de eso, presenta el siguiente ejemplo: a los doce años, Ernst Lanzer afirmó que amaba a una niña pequeña, pero sin que, en ese afecto, mediara deseo sexual alguno. No obstante, surgió en él la idea de que, si a él le ocurría una desgracia, como la muerte de su padre, ella lo amaría. Esta idea le pareció una barbaridad y no podía considerarla

un deseo. Como se ha analizado, la relación entre el padre y la figura amada objeto de su deseo ha sido repartida entre el consciente y el inconsciente conociendo, además, su origen.

Para abordar adecuadamente esta dimensión del problema, es necesario considerar la distinción entre lucha defensiva primaria y secundaria. Freud no planteó la cuestión de las neurosis obsesivas de una forma tan simple como se ha presentado hasta ahora. Ya había tratado este problema en profundidad en un texto de 1894 titulado «Las neurosis de defensa (ensayo de una teoría de la histeria adquirida, de muchas fobias y representaciones obsesivas y de ciertas psicosis alucinatorias)». En ese ensayo, evidencia la génesis de la histeria y de las obsesiones, y las aclara. Como se ha analizado previamente, tanto las obsesiones como las histerias tienen origen en una experiencia sexual activa o pasiva respectivamente. El sujeto, en el intento de borrar conscientemente esa experiencia, emprende una lucha defensiva primaria en la que trata dicha experiencia como si no hubiese sucedido. Pero, el afecto adherido a ese proceso no se puede borrar. ¿Cómo se solventa la pujanza del efecto?

En el caso de la histeria, como señala Freud se traspone («umsetzen») «a lo corporal la suma de excitación» (1976, p. 50). En el caso de Dora, vemos que una de las áreas afectadas del cuerpo fue la garganta de la paciente, de ahí que Freud escriba: «la huella mnémica de la representación reprimida (esforzada al desalojo) no ha sido sepultada («untergeben»), sino que se forma en lo sucesivo el núcleo de un grupo psíquico segundo» (1976, p. 51). Esa expresión freudiana, «grupo psíquico segundo», es una manera de referirse a la lucha defensiva segunda. ¿Qué sucede con las obsesiones entonces? El proceso es semejante: como el contenido psíquico no puede eliminarse, el afecto se adhiere a otras representaciones que pertenecen al ámbito de lo obsesivo y que, al menos de manera racional, no guardan relación directa con el contenido psíquico del origen.

Freud afirma que el enfermo neurótico se niega rotundamente a aceptar ese origen sexual, ya que ha hallado una representación sustitutiva para aquel afecto. Es notable que esa representación sustitutiva

puede llegar a convertirse en un «delirio». Cabe recordar el momento en que el «hombre de las ratas» piensa que a su padre podría ocurrirle algo malo en el más allá. Todo esto explica que, entre el contenido psíquico primero y la representación significativa, se establece una relación de desfiguración, al punto de volverse irreconocible, tal como ocurre con aquellos sueños incomprensibles fruto del trabajo onírico.

Por otro lado, se plantea igualmente la cuestión de por qué los neuróticos tienen una tendencia extrema a la duda, al punto de que afecta todos los ámbitos de la existencia. Por ejemplo, se tiene al *Discurso del método* como modelo en donde la duda se eleva a una categoría filosófica. Desde los primeros momentos de su tratado, Descartes deja claro que su objetivo es la búsqueda de la verdad. Cuando, en la segunda parte, afirma que no admitirá como «verdadera cosa alguna, como no supiese con evidencia que lo es» (2001, p. 52), habla de dividir las dificultades y conducir ordenadamente sus pensamientos, donde resulta evidente que la duda es un medio para alcanzar la verdad. Si se deja de lado el hecho de que Descartes parte de la conciencia del sujeto como paradigma de su investigación, se podrá observar la abismal diferencia con el neurótico obsesivo.

Para el obsesivo, la duda no es un punto dentro de un proceso, sino el objetivo en sí mismo, como si la verdad hubiese sido sustituida por la duda. Si se pregunta a Descartes cuál es su objetivo, este responde: la verdad. Si se formula la misma pregunta al obsesivo, su respuesta sería: dudar. ¿Por qué? Porque la persona obsesiva ha sexualizado el proceso del pensar: «se vuelve aquí hacia el acto mismo del pensar, y la satisfacción de alcanzar un resultado cognitivo es sentida como satisfacción sexual» (Freud, 1976, p. 191). Es llamativo que, en un texto sobre el problema de las neurosis obsesivas, escrito desde una perspectiva psiquiátrica ajena al psicoanálisis, se señale: «Podríamos añadir por nuestra parte que muchos pacientes en vez de oponerse a sus síntomas obsesivos parece como si los mimaran hasta el punto que pueden asimilarse a núcleos de cristalización» (Montserrat Esteve, 2013, p. 408). En términos lacanianos, el pensar se convierte en el lugar de goce del obsesivo. La propuesta de Montserrat Esteve se

complementa con la administración de ansiolíticos, euforizantes y antidepresivos, según las características de cada paciente. No es necesario profundizar más en esta cuestión.

Sumado a esto, se sabe que toda duda implica una dualidad del estilo A o B, pero en el inconsciente, esta dualidad se refiere a la división entre un amor como pulsión y la interdicción de ese amor, que se manifiesta a través del odio.

Debe advertirse que, en el pensamiento obsesivo, existe el temor de que algo le suceda a una persona querida. Por ejemplo, si un sujeto piensa que, al tener un acto sexual con su sobrina, ella sufriría una desgracia y luego moriría, el neurótico podría asustarse ante su propia capacidad de imaginar desgracias ajenas. La pregunta que surge es la siguiente: ¿y si mi temor respecto a la desgracia del otro se cumpliera? Tal posibilidad provoca un estado de miedo que puede llevar al convencimiento de que se tiene dicha capacidad, lo cual origina dos características adicionales de la neurosis obsesiva, las cuales constan de la superstición y la omnipotencia.

La clínica muestra que el pensador obsesivo cree en señales premonitorias, las cuales adoptan diversas formas. Una paciente, por ejemplo, consideraba el número doce o el cincuenta (año de nacimiento de su abuela) como una premonición de que algo bueno se acercaba; en cambio, soñar con pelos era signo de que algo malo iba a pasar. En el texto freudiano, aparece un detalle especialmente llamativo: «Al final él mismo me ayudó a descubrir los pequeños trucos de prestidigitador mediante los cuales hacían esos milagros» (Freud, 1976, p. 180). Esta cita sugiere que el propio sujeto facilita el cumplimiento de esa premonición. Dicho de otro modo, el sujeto obsesivo provocó que sucediera lo previsto con el fin de que su impulso se cumpliera.

Finalmente, se sostiene la creencia de que las ideas sobre el bienestar o malestar de alguien se pueden cumplir, ¿no equivaldría esto a poseer una omnipotencia de las ideas? Si se piensa que a una persona le puede ocurrir una apoplejía y eso se cumple, ¿acaso no sería porque se piensa que las propias ideas tienen el poder de influir en la realidad? Tal como Freud (1913) identificó, existe una coincidencia

entre el pensamiento animista y la magia de los pueblos primitivos. En efecto, el psicoanalista asegura que esta expresión la extrajo precisamente de un enfermo obsesivo, quien aseguraba que le bastaba pensar en una persona para encontrarla en el acto. Aunque no es una característica específica de los obsesivos, es en ellos donde se aprecia con mayor claridad. Este retroceso del sujeto a posiciones primitivas también se observa en la agudización de su sentido del olfato. Mientras que la evolución de los animales al ser humano se ha caracterizado por un abandono de las zonas corporales que despiden olores fuertes, en el caso del neurótico y de sus veleidades se establece un nexo entre la pulsión sexual y la función de este órgano. Resulta notable que esto no sea privativo de la neurosis obsesiva, ya que en ciertas formas de psicosis, como se ejemplifica en el caso de Joyce, la cercanía al trasero de la amada era muy sobresaliente.

REFERENCIAS

- Cimiano, A. (2003). Erns Lanzer, «El hombre de las ratas». *Cuadernos de Psicoanálisis de Castilla y León*, 6.
- Descartes, R. (2001). *Discurso del método. Meditaciones metafísicas*. Libsa
- Ey, H., Bernard, P., & Brisset, C. (1996). *Tratado de psiquiatría*. Masson S. A.
- Freud, S. (1975). *Tótem y tabú*. Alianza.
- Freud, S. (1976). *Obras completas X. Análisis de la fobia de un niño de cinco años de edad (el pequeño Hans). A propósito de un caso de neurosis obsesiva (el «Hombre de las ratas»)*. Amorrortu editores.
- Freud, S. (1985). *Obras completas III. Primeras publicaciones psicoanalíticas (1893-99)*. Amorrortu.
- Lacan, J. (1999). *El seminario 5. Las formaciones del inconsciente*. Paidós.

Lacan, J. (s.f.). *Le Séminaire, Livre VI: Le désir et son interprétation* [Versión en línea no oficial]. <http://staferla.free.fr/S6/S6%20LE%20DESIR.pdf>

Maleval, J.-C. (2016). *Coordenadas para la psicosis ordinaria*. Grama Ediciones.

Monserrat Esteve, S. (2013). Interpretación cibernética de los cuadros obsesivos y sus implicaciones terapéuticas. *Anales de medicina*, 49(6), 103-121.